

Daniel Sada

El lenguaje del juego



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Café de Nadie», 1924, Ramón Alva de la Canal (1892-1981).
Colección Blanca de Maples Arce, México / The Bridgeman Art Library

Primera edición: septiembre 2012

© Herederos de Daniel Sada, 2012
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9752-4
Depósito Legal: B. 18221-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A mis entrañables amigas
Rosina Conde y Ana María Sánchez*

La vida puede ser un infierno, pero cada instante es un milagro.

E. M. CIORAN

Primero la parsimonia. Sentado en un sofá anchuroso y sabiéndose dueño de su casa, Valente Montaña miraba a través de un ventanal las dispersiones del campo. Minutos más tarde invitó a su esposa Yolanda y a sus hijos Martina y Candelario a que le hicieran compañía. La señora se sentó a su lado mientras que sus hijos se mantuvieron de pie durante un buen rato. Así el cuadro familiar estuvo mirando pensativo como si los recuerdos bulleran a lo lejos: sí: como si algo empezara a redondearse. De pronto el señor y la señora se miraron a los ojos para luego besarse largamente en la boca. Bonita decisión al fin y al cabo, no obstante que los hijos se extrañaron al atestiguar eso, levantando sus cejas. Felicidad –acaso– en virtud de que había que celebrar la hazaña de sentirse diferentes después de tanto esfuerzo y tanta duda. Con decir que Valente había cruzado de manera ilegal la frontera nortea en dieciocho ocasiones, pero ya no, ya nunca, porque ya había juntado suficiente dinero para evitar las idas y venidas, amén de andar jugando al gato y al ratón a lo largo del tiempo. Que los cruces nocturnos. Que los cruces con lluvia. Que si la *border patrol* sorprendía a los migrantes en plena acción de cruce. Entonces el regre-

so desgraciado y de nuevo el intento y... Pero esos avatares ya eran para Valente una historia concluida. Ahora estaba dispuesto a fundar un negocio en San Gregorio, un negocio modesto pero suyo, como tan suya era la dichosa casita que él mismo construyó con la ayuda de su hijo Candelario. Allí, caray, en un asentamiento irregular muy orillado. Casita de tabiques con techo de carrizo: vistosa y agradable, a pesar de ser gris y poco resistente.

Fiesta: mañana: en grande. La gran celebración. Mas los preparativos no serían un agobio, puesto que las personas que llegaran tenían que traer algo de comer o beber. Otras traerían cubiertos desechables; otras cargarían platos, vasos e incluso servilletas, también de uso efímero, y casi todos sillas (al menos unas dos) para estar más a gusto departiendo sentados. La algarabía total al aire libre. Los dueños de la casa tendrían la obligación de amenizar con música ranchera el ambiente ranchero. O sea: muchos cidsys de grupos muy de moda con ritmos pegajosos y letras pegajosas. Y ya nomás así: como un azar con trazo. A ver qué resultaba.

Pero mañana todo. Ahora nomás la calma, porque ahora era útil la recapitulación de lo que fue a la postre un cúmulo de ausencias: Valente y sus encomios desmedidos, demencial ilusión a la que hay que añadir el tropel de sospechas en cuanto a que el migrante regresara con bien de Gringolandia cada vez que se iba, sobre todo a sabiendas del riesgo que se corre cuando se es ilegal. De eso ya se hablará más adelante. Ahora lo mirón era lo que en verdad tenía valor. Allá en lo más disperso algo se redondeaba con toda parsimonia. Mirarlo ¿tendrá caso? La estampa familiar podría ser más vivaz.

La mira de Valente desde que regresó de Gringolandia y paseó por las calles más céntricas del pueblo consistía en echar a andar algo en verdad llamativo como una pizzería: lo nunca visto allí. Sí: ya le había echado el ojo a un local alargado cuya renta era baja, uno que estaba casi en una esquina, a dos cuadras y cacho de la plaza de armas. Pagó un buen adelanto de tres meses sólo para apartar lo que Valente y su hijo pintaron de azul cielo a lo largo de un día. Un pinturreo entusiasta de paredes: lo habido medio sucio... Pero vamos por partes, yéndonos muy atrás. En uno de sus muchos cruces tan venturosos, Valente se escapó de un centro agrícola dedicado al cultivo de manzana, adonde fue llevado por un dizque pollero que le cobró una cuota no muy alta. Pago en dólares siempre: allá: cual debía ser. De paso hay que decir que en los centros agrícolas se tiene la costumbre de reclutar a grupos de ilegales que vienen por docenas o veintenas, traídos por polleros desde casi la línea fronteriza. Se puede deducir que la experiencia consiste en conocer más mañas necesarias para ser más preciso en los desplazamientos. Es una estupidez el actuar solo. Es el error común de un migrante novato que presume de listo, dado que toda vez que se entra al territorio de los gringos ¿hacia dónde ganar?, ¿cuál es la dirección?, y el desatino entonces, zonzos primer traspié, siendo que ya se aprende lo que no debe hacerse de ahí para adelante. La enmienda es contundente. Fue. Y después lo correcto tuvo que depurarse. Y a cada nuevo cruce otra maña aprendida hasta saber la treta decisiva, la cual debe contar con el gran ingrediente del ingenio. Ingenioso Valente por lograr lo logrado. Quiérase pues el tacto de trabar amistad con gente que predica creencias dislocadas de lo que está pasando allá con Dios; o dicho de otro modo: es gente peínadita de rayita que usa camisa blanca y corbata de tonos medio oscuros. ¡Los llamados

mormones!, gente que hace favores: como mandar dinero a las familias y ayudar a escapar del centro agrícola a uno que otro migrante siempre y cuando le sigan la corriente en eso del enredo religioso. ¡Los mormones son brutos cuando supuestamente se pretenden amables! A ellos hay que engañar con otra escapatoria. Lo que de nueva cuenta Valente consiguió, siendo la consecuencia ganadora un huir correlón y tembloroso del seno de esa gente de peinado tan mono. Fue en la ocasión decimoquinta cuando ocurrió lo dicho. El migrante en mención fue a dar a Pasadena. ¡Quién lo viera! Piernas y suficiencia respirona para llegar a una pizzería donde se requería un asistente ducho en la cocina que estuviera dispuesto a recibir un módico salario (letrado muy vistoso: palabrerío en inglés que alguien le tradujo al buen Valente).

–Pues yo soy el que buscan –dijo el que había leído sin entender un ápice.

Y ¡a darle!, de inmediato.

Aprendizaje lento. Una equivocación seguida de otras treinta nada más en diez días. Es que la lengua inglesa... Pero lo que importó fue que pasado el tiempo Valente se hizo ducho en eso de hacer pizzas. Maestrazo que al cabo ya no pudo seguir perfeccionándose porque la *border patrol* le cayó y pues ¿qué hacer? A México otra vez. Monstruosa frustración.

Pero el aprendizaje: señero, abarcador.

Un trabajo como ése jamás se repitió.

Así caló el recuerdo, al fin, tan imborrable..., tan lleno de sabor y beneplácito.

Ahora bien, Yolanda fue la encargada principal de avisarles a los vecinos más cercanos acerca de la fiesta que se

llevaría a cabo un sábado en la tarde. Ya próxima la fecha, así que ¡vengan! Fiesta de cooperacha, eso sí que ni qué, según lo iba advirtiendo para evitar algún malentendido. Que tal y tal platillo, por ejemplo. Que estos y otros detalles, ¿eh?, ¿sí pueden? Una celebración improvisada por la feliz noticia de tener casa propia. Buen pretexto, ¿verdad? O dicho de este modo: lo que antes figuró como un triste y oblongo jacalón, ahora nomás con verlo: ah: la firme reciedumbre hecha y derecha. Los cuartos, la cocina, la sala-comedor, el estilo del baño con excusado cómodo: ¡un verdadero trono!, contando aparte con mojadura enorme y mosaicos cerúleos en paredes y suelo. Pareciera un museo asaz extravagante en un lugar sin chiste. Por ende: ¡vengan ya!

También invitadores los hijos de Valente.

Es decir... A ver... Candelario invitó a sus amigos. Eran como unos diez. Por su parte, y con un tono bastante frío, Martina le dijo a sus amistades que podían hacer extensiva la invitación a los familiares de éstas. Y en cuanto a Candelario, mmm, bueno, faltó aclarar que también él fue gritando lo de la fiesta por las calles de ese rumbo orillero, casi como si se tratara de la llegada de un circo de tres pistas a San Gregorio. Lo que sí que ninguno de estos dos le dijo a sus invitados nada acerca de la cooperación mínima de cada quien. Entiéndase. Descuido de pe a pa. Y a la hora de la hora ocurrió lo evidente... El problema creció de tal manera que nada más llegó el anochecer y no hubo solución.

No, no hubo arreglo siquiera elemental. Llegó gente en montones. Seguía llegando mucha. ¿A qué? Lo más cierto estribó en que lo de comer y de beber se terminó muy pronto. En poco más de una hora. Por lo que al aire libre quedaba la potencia de la música, un ir aturdidor, ciertamente monótono, pues daba la impresión de que se destrenzaban los acordes en ondas diluidas. Estrías en vencimiento. Des-

dibujos, quizá, que apenas tenían forma. Prontitudes fugaces, perdedizas. Empezó a suscitarse el retiro de gente mientras que otra llegaba con alguna idea errónea de fandango.

A bailar: no. ¿Por qué? De lo contrario entrar al museo musical. Presunto desengaño. Derrota a fin de cuentas. Era sólo una casa a la deriva como punto impreciso en un campo baldío. Una casa sin nada para ver con detalle, hasta que...

Corajudo y patán, Valente cerró puertas. Todas. Tres. Prohibido el acceso. Respeto colosal, tan subconsciente y mudo, ya que al notar el dundo impedimento hubo como sesenta personas cabizbajas decididas a irse farfullando rarezas y burradas y pitorreos y chungas. Lo inexplicable: cruento a medianoche. La fiesta terminó de horrible modo, justo cuando Valente, al cerrar las tres puertas de la casa, proclamó con chillona prepotencia:

—¡Ya váyanse a sus casas porque llegó la hora de dormir!

Supuestamente luego vendrían los cobijeos del dormir general.

Los apaciguamientos minuciosos.

Cuando se empieza un negocio surge una infinidad de dudas. Lo que se considera favorable es a final de cuentas una insulsa ventaja comparado con las inconveniencias que van apareciendo sin que se piense en ellas, de ahí que la disyuntiva se divida en dos modos de inversión: el tener contemplados los mil y un detalles para consolidar lo viable de un negocio o ir sobre la marcha resolviendo problemas para evitar descargas de dinero demasiado locuaces. Esta última opción fue la escogida por Valente Montaña. Poco nivel de cálculo, o dicho más exacto: un comienzo modesto. Por lo pronto la lógica: la pizzería tendría cuatro mesas de lámina. Lo seguro barato no significa atraso sino hábil pru-

dencia. Las mesas con mantel y con florero: eso sí siempre ¡a fuerzas! Luego: a Valente le ayudarían su hijo Candelario y su hija Martina, a veces (sólo a veces) Yolanda saldría al quite. Negocio familiar prefigurado: acuerdo de raíz mediante larga charla de los cuatro, llevada a cabo durante todo un día de gruesa nublazón, mismo en que hubo hartura de pancito y café. Los asombros se dieron tras empujar encomios, no sin que hubiese al tiro una hosca advertencia, y aquí va lo pesado: NO SE DESCANSARÍA. Desate emprendedor muy cuestarriba, siendo así que el descanso sería en forma parcial: tú no vienes el lunes; tú no vienes el martes, Valente presto siempre: él no podía faltar, a menos que tuviera problemas de salud, lo que nadie deseaba que ocurriera, ¡ojalá nunca eso!

Severidad chocante vista como hinchazón, puesto que ese negocio tendría la puerta abierta desde minutos antes de las doce del día para cerrarla a diario al filo de las once de la noche. Una acción invariable, rigurosa, casi a contracorriente. Efecto verdadero de una idea de progreso que todavía quién sabe si sí o no o cómo sería al fin.

Entonces, la verdad ¿tendría que estructurarse?

Qué le tocaría hacer a Candelario.

Y qué a Martina.

Y a Yolanda qué.

Sobre la marcha las ideas puntuales. Aprender, aprender, ir resolviendo. La perfección que eleva o que despeja cuánto. Y...

Pues ahora sin más habrá que referirse a lo que importa ya concretamente: la utilidad de todo: el dinero ganado.

Bueno (ejem), vamos por partes. Unos cinco mil pesos sería una cifra ideal para empezar la cosa: a diario: ¿por qué no?: profusa pretensión, sobre todo a sabiendas de que las pizzas serían la novedad traída de la urbe a un pueblo tan

maicero como era San Gregorio. Llegaría la clientela en torrentes quizá. Habría fila tal vez desde temprana hora: entonces resolver, como se dijo, con el ir contratando a empleados laboriosos, según se viera en claro la urgencia auxiliadora para dar el servicio con chingona eficacia. Entonces otra cifra percibida: unos ocho mil pesos: delirio cotidiano: la resulta impensada. Entonces la riqueza sería el eje supremo en torno al cual el cúmulo de acciones de los involucrados en la hechura de pizzas ya tendría a todas luces un rumbo definido. Pero vamos por partes, otra vez. El comienzo modesto: la premisa. A ver: a Candelario le correspondía conseguir las verduras en las huertas de allí, además de las carnes embutidas y los bultos de harina y los refrescos tras ir unas dos veces por semana al mercado local. A Martina, por tanto, le tocaría efectuar labores de limpieza y estar atenta a lo que le ordenara su papá: ese Valente todavía no viejo: el cocinero ducho y afanoso. Pero todavía quedan más residuos: los ahorros juntados poco a poco, así como el aguante familiar a través de los años. Hacer el cochinito en la cuenta bancaria, a fin de generar a saber qué por ciento de intereses. Ahorro desde: uh... El tenaz sacrificio sin ápice de intriga,

¿Y si hubiera fracaso?

Para un emprendedor lo negativo estorba.

Así que...

Candelario sabía de la inseguridad que ya se perfilaba en San Gregorio. De vez en cuando allí circulaban vehículos extraños. No había pasado nada, pero ¡ojo! La tacha estaba en los alrededores, según se rumoraba de puro refilón de muertes por doquier, no tantas, pero sí. Y unas aparatosas. Personas mutiladas y colgadas de árboles en lugares adonde

la gente podía verlas con loco desconcierto. Traviesa exhibición, ganas de trabajar para darle color al espectáculo ese. Una entrada al oprobio de modo persuasivo: vean muchedumbres esto, para que sepan qué. La cosa era saber que aquellos muertos puestos de tan mala manera qué tanto habían pecado para que merecieran un cuelgue campanero.

De cualquier forma apenas eran brotes de lo que había empezado a suceder: la ufana delincuencia incontrolable, pero para un emprendedor qué esquivación. Descarte, por lo pronto, habida cuenta de que por lo común la criminalidad es un salpique cuya incidencia ocurre como ocurren las lluvias torrenciales. Un realismo eventual. Un día sí y quince no. Un decurso maldito no puede durar tanto.

Cierta vez Candelario le dijo a su papá:

—A mí no me parece conveniente poner la pizzería. Ya empieza a haber terror en este pueblo. En los alrededores están matando gente para luego colgarla de postes y de árboles. En una de éstas a nosotros nos matan y nos cuelgan si ven los delincuentes que este negocio crece.

Demasiado enredosa se volvió tal idea. Pura derivación cargada de sospechas, a la que el positivo de Valente respondió con dos muecas sonrisudas y tomando aire dijo:

—No hay que vivir con miedo. No conviene. Los crímenes ocurren hasta en los paraísos más bonitos. A nosotros por qué nos debe ir mal.

Sí: olvido radical: sabio consejo. Mejor era el silencio como recompostura o era mejor no hablar de asuntos feos.

Hay que decir que en la televisión, lo mismo que en la radio, se le daba mucho énfasis a las muertes violentas, por lo cual no ver tele ni oír radio como lo hacían Yolanda, Candelario y Martina, más o menos a diario: ¡no, ya no!, ¿eh? Y el entretenimiento cómo diablos sería, cuál evasión genuina.

Si hubiera mucha risa en este mundo...
Si las caricaturas fueran reales...
Si el sexo fuera un juego de verdad inocente...
Si la muerte tan sólo un simulacro...

Se inauguró la pizzería, pero no hubo fiesta. La novedad cundió y...

De las dieciocho veces que Valente cruzó el dizque peligroso límite fronterizo, sólo en una ocasión recibió un macanazo en las meras costillas por parte de un supuesto policía americano. Supuesto porque el vato era moreno y no hablaba español y pobrecito, pues. Supuesto mexicano, por lo tanto. Chicano mamarracho o cómo definirlo, o chicano orgulloso por no ser tamalero, pero tampoco güero fumigado. Total que el susodicho traía en la cara notas del himno nacional: casi, de veras sí, lo cual es un decir porque pues cómo. Además policía con suficiencia, haciendo gala de poder torcido. Vergüenza debía darle, no por tener trabajo hecho y derecho, sino por su vileza represora. También hay que decir que la violencia bien podría ser tan sólo palabra, sutileza que duele al doble que la física, aunque si es gringa pasa, se perdona, debido a que el inglés es una lengua rápida y nomás el que entiende sabe qué. Un insulto, por ende, parece un vil chorreo desordenado, así que no hay por qué sentirse tanto. Lo otro, lo mexicano por completo, eso sí era un cohete. Cada vez que Valente regresaba a su patria, la policía de acá lo detenía. Cuánto dinero traes. Así la consecuencia inevitable: tienes que darnos todo, si no te refundimos en la cárcel. Uh, nada de resistirse, porque de paso hasta lo golpearían. Cosa que sucedió muy al principio.